

NADIE ES NUESTRO

He llamado al practicante y vendrá dentro de un momento. Espérale hasta que venga que yo tengo que salir.

Era casi otoño. Desde el mirador grande, alto, sobre un declive de árboles, se abarcaba el mar ya encrespado, más azul, más profundo. Y, a veces, las hojas secas arrancadas con el viento se ahogaban en el mar envueltas en un remolino de polvo. Así estuve, apoyado en los cristales, un largo rato. El sol no pudo salir: todas las nubes que cupieron juntas apagaron su luz. Y, muy despacio, gotas de lluvia picotearon el mar y limpiaron las hojas de los árboles del declive. La arena, ocre y amarilla, se apagó en un tono terroso y triste. Allí estuve, apoyado en los cristales, mientras llovía.

—Ha venido el practicante. Ha subido a tu cuarto y está preparando la inyección.

—Ya subo.

Subí a mi habitación. Cada vez más cerca, a pesar del ruido crujiente de la madera, oí la voz del practicante: cantaba. Cantaba acompañado del deslizarse del agua del lavabo.

Abrí despacio la puerta del baño y me detuve allí: miraba al practicante, y luego cómo encendía el alcohol y éste se inflamaba en una llama azul, violeta, pálida, terriblemente atractiva, que me impedía mirar a otro lado. El practicante se volvió hacia mí:

—¡Hola! ¿Tú eres el enfermo?

—No, no estoy enfermo.

—Entonces, ¿a quién voy a pinchar?

—A mí, pero no estoy enfermo.

El practicante se rió, y al hacerlo, se hundieron sus mejillas en dos hoyitos.

—Bueno, ¡dispuesto para el ataque!

Y levantó la jeringuilla en un ademán de prestidigitador.

Recogió después la jeringuilla en una cajita ovalada, de color plata, y también amarillenta. Seguía cantando durante todo el rato. Hacía comentarios sobre todas las cosas que veía a su alrededor, y a la vez reía, reía sin cesar.

—¿Cómo te llamas? Porque nos vamos a ver muchos días, y tendremos tiempo de hablar y de hacernos amigos. Yo me llamo... Paquito.

Sonrió de nuevo. Bajó las escaleras a la vez que se ponía una gabardina un poco raída y sucia. Le acompañé hasta la puerta. Llovía aún. Paco se subió a una bicicleta que había allí, apoyada en la pared, sin parafangos, descolorida, y se alejó cuesta abajo mojándose bajo la lluvia. A pesar de todo, silbaba una canción y decía adiós a la gente con que se cruzaba.

Quedé solo en casa. Eran casi las doce pero estaba oscuro. Las sirvientas hablaban en la cocina entre risas y trajín de cosas. Estaba oscuro, nadie. Subí de nuevo, despacio, casi sin decidirlo, a la sala de baño donde estuvo Paco. Parecía quedar aún la alegría que dejó.

Tardó la mañana en pasar. En la mesa no hablé apenas. Como una vaga sensación de sueño y un deseo de estar solo me envolvía.

—Este niño está enfermo, tenemos que llevarle al médico.

—No, mujer, con esas inyecciones se pondrá bien. Lo que le hace falta es ejercicio y comer mucho.

—Y hablar más, que no dice nada.

Este modo de referirse a mí, tan impersonal, tan poco cariñoso —me pareció—, me encerró aún más en mi mutismo. Aquel hombre y aquella mujer, junto a mí en la mesa, estaban lejos, muy lejos. Estaba más cerca la lluvia que descendía en largos chorretones por los cristales; estaba más cerca el mar encrespado y turbio; más cerca aquella tormenta de final de verano.

Aquel hombre y aquella mujer hablaron todo el tiempo que duró la comida; hablaron de alguien que debía dinero y que aparentaba tener mucho; hablaron de una señora que no iba a misa porque le molestaba el olor sucio de las iglesias; hablaron de lo que iban a hacer aquella tarde.

—Vete a descansar un rato que ya se te llamará.

Subí despacio, mirando atrás; arrastraba la mano por la baranda —como decía abuela— de la escalera y, mientras lo hacía, me vinieron unas terribles ganas de llorar. Antes de entrar en mi habitación abrí, sólo abrí, la puerta del baño. Y la dejé abierta. Fui a quedarme sentado junto a la ventana y mirar el jardín de enfrente donde, entre clase y clase, salían las niñas del colegio a jugar. Vi cómo jugaban en el primer rato de recreo; luego debía esperar casi una hora para volverlas a ver, pero decidí meterme en la cama. Bajé la persiana y, tumbado boca arriba, conté en el techo las débiles rayas de luz que hacían las barras de la persiana: cuarenta y una; como me parecía que me había equivocado, las volví a contar: eran cuarenta y dos. Lo intenté de nuevo y me dormí.

Entre sueños escuché unas voces muy fuertes, que se iban lejos, que se iban lejos y se hacían suaves y amables. Volvían de nuevo a ser fuertes y amenazadoras. Cuando eran fuertes, decían: Está sudando, está sudando..., y cuando eran suaves: Hay que llamar al médico, hay que llamar al médico... Luego parecían desaparecer y volvían otra vez, en su rara mezcla de gritos y susurros. Era ya de noche, y vino el médico. Tenía las manos muy frías. Preguntó y preguntó, y luego se fue con un papel blanco en la mano y una pluma. Dejaron la luz encendida. Y encendida quedó hasta la mañana siguiente.

—¡Hola! ¿Pero qué te ha pasado, hombre? ¡Mira que ponerte enfermo...!, era Paco quien me hablaba,

—¿Cuántas inyecciones me tienes que poner?

—Toda esta caja, y luego esta otra..., fíjate...

Sonreí satisfecho y dejé caer la cabeza sobre la almohada.

—Mira, han salido las niñas del colegio a jugar; está el suelo ya seco..., ¡hace un sol...!

—¿Cómo es la canción que cantabas ayer?

Paco, sentado al borde de la cama, cantó. Se ponía a veces de pie y extendía los brazos cuando la nota era alta. Al terminar se inclinó varias veces ante un público imaginario. Yo le aplaudía.

—¿Qué es ese jaleo?

— ¡Buenos días, señora!

—Buenos días. ¿Ha terminado usted con el niño?

—Sí, sí señora. Buenos días. Hasta mañana.

Me volví de cara a la pared. En cuanto me quedé solo me levanté de la cama. Miré a través de la ventana: Paco bajaba la cuesta en su bicicleta vieja, cantando, y saludaba a la gente al pasar.

Paco no me puso toda la caja de inyecciones. No fue tan largo el tiempo como deseé. Había terminado el verano y nos marchamos de allí; pero yo me había hecho amigo de Paco, o de su alegría contagiosa, tal vez.

Quizá el invierno, quizá las clases y los nuevos amigos del colegio, quizá otras inyecciones me dieron otra vez alegría. Estaba solo en casa, sólo para comer y cenar; y los domingos, ¡maravillosos domingos en que mis parientes se iban!, todo el día para mí, podía estar solo. Podía hacer lo que quisiera: ir con mis amigos, pasear, jugar, ir al cine...

Unos años después me tocó otra vez pasar el verano con esos mismos parientes. Marchamos de veraneo al mar, al mismo sitio y, como aquél, este verano enfermé otra vez. No fue la enfermedad como la pasada. Algo había ahora más fuerte que ella, que esa tristeza que la acompañaba: los amigos, María y el mar; pero ahora un mar azul, lleno de sol, un mar lleno de recuerdos, de excursiones alegres, de paseos en barca, de María.

— ¡Hola! ¿Otra vez enfermo?

Le extendí la mano, que Paco apenas apretó.

Paco no cantó aquella vez ni las siguientes hasta terminar la caja de inyecciones. Paco sonreía sí, pero algo le hacía ser más grave, algo le alejaba. No supe qué.

Un día me dijo:

—Por favor, llámame Francisco, si no te importa.

Al irse, casi instintivamente, como una intuición, miré por la ventana. Francisco se alejaba en una moto, con unas gafas grandes y unos guantes. Ya no saludaba a la gente que se cruzaba con él.

Fue el último día. La última inyección de la caja. Todavía le quedaban a Paco los hoyitos en las mejillas al sonreír. Hubiera deseado que Francisco cantara otra vez, como antes, y poderle llamar Paco, para oír sus comentarios sobre todas las cosas que veía, para verle sonreír. Pero no dije nada, ya era distinto.

No volví a ponerme enfermo. Alguna otra vez vino Francisco a casa y, siempre que lo hacía, la sirvienta anunciaba:

—Ha venido don Francisco, el practicante,

Al cruzarse conmigo, en el pasillo o en la sala de visitas, sólo decía buenos días o buenas tardes.

Una tarde volví a casa muy contento. Creía que estaba enamorado. Encontraba en el mar el motivo de mi alegría, y en los árboles, y en la gente, porque todo me recordaba a María. Volví contento, y al subir las escaleras —no tomé el ascensor para ir más deprisa— cantaba, cantaba y saludaba a la gente que se cruzaba conmigo al pasar. Y me crucé con don Francisco y vi cómo, sin haberme saludado, abría la portezuela de un automóvil. Volví atrás; no me habrá visto, pensé,

—¡Paco, enhorabuena! ¡Vaya coche...!

Y don Francisco sonrió detrás de la ventanilla, Sonrió con una nueva elegancia, lejana y distraída. Sonrió apenas, envuelto en una gabardina blanca, nueva, impecable. A su lado, en el asiento, una señorita morena, de grandes ojos negros. Y el automóvil arrancó, dejando un espacio de suelo vacío, seco.

Fueron quizá dos, quizá tres los años que pasaron.

—¿Sabes que el practicante vive en esta casa, en el piso de abajo?

—¿Ah?, no, no sabía...

—Las cosas le han ido bien.

—Sí.

—No vi en mucho tiempo a don Francisco, a pesar de que vivía en la misma casa. Una tarde lluviosa, al volver a casa, arreció la que hacía un rato caía pausadamente. Apreté el paso, luego corrí, corrí con toda la prisa que pude, y llegué al portal con la cabeza mojada y la ropa. El agua de la lluvia me resbalaba por la cara, y me reía solo del remojón que me había dado. Alguien desde el ascensor abierto me dijo:

—¿Sube usted?

¡Era Paco, don Francisco!

—Sí—, dije, y pensé: me ha dicho usted, me ha dicho: ¿Sube usted?

Entré en el ascensor y miré a Don Francisco. No me reconoció.

Al dejar el ascensor miré otra vez a don Francisco y le dije muy despacio:

—Gracias.

Di las gracias a aquel Paco de la bicicleta vieja que, una vez, me enseñó a reír...

EL PASEO DE LOS PLÁTANOS

Como otros años, como siempre, la calle de la fábrica se llenó de barro con las lluvias de otoño. El paseo del tren —enormes plátanos viejos— apenas tenía hojas secas en el suelo, porque los árboles estaban hacía tiempo casi muertos. En la esquina, junto a la fábrica, hay una casa gris, gris oscura. Al volver de la escuela, todos, casi todos los niños y niñas pasan por la calle de la fábrica junto a la casa gris.

Detrás de la ventana, entre visillos, está un hombre gordo de ojos grandes. Está siempre que pasan los niños y niñas al volver y al ir a la escuela. Nada más. Tal vez esté enfermo. Tal vez el momento en que pasen —cuatro veces al día— sean cuatro alegrías para el hombre gordo detrás de la ventana, en su camilla roja; y mira con sus ojos grandes a través de los visillos.

Nunca hay más; sólo alguna vez, si hace sol, sale a la acera, abrigado; le acompaña una mujer, ya de pelo blanco como él.

Hay tantas cosas distintas en cada día de clase... Sólo es igual el pasar junto a la casa gris de la esquina, siempre es igual. Lo que han advertido todos los niños: se han dado cuenta de que les mira el hombre. Pero ninguno hace nada; sólo pasar más cerca para verle mejor o dar un saltito junto a su ventana. Sólo los días de sol, en que sale a la acera, se le ve entero, gordo, y los ojos grandes mirando a todos...

Pero aquella primavera vino Bartolomé, un chico nuevo, hijo de un militar o guardia cívico, no me acuerdo. Bartolomé era un poco distinto a todos los niños y niñas de la escuela: en cuanto advirtió al señor gordo detrás de la ventana, no se limitó a pasar más cerca o dar un saltito para verle mejor, ni se limitó tampoco a mirarle entero los días de sol en que salía a la acera. Bartolomé le gritaba, aporreaba sus persianas y le tiraba chinas a los cristales.

Un día de sol en que le vio todo entero y gordo en la acera, le dijo gritando:

—Buenos días, señor Butifarrón.

Y el señor gordo le miró sin decir nada. Así todos los días, gritos, piedras, golpes en las persianas y «Buenos días, señor Butifarrón», «Buenas tardes, señor Butifarrón».

Poco antes de Semana Santa el señor Butifarrón no salía a la acera, y hacía sol, ni tampoco estaba en la ventana. Bartolomé se encaramaba a la ventana y gritaba:

—¡Señor Butifarrón, ¿no sale?! ¡Señor Butifarrón, hoy hace sol!

Después, las vacaciones de Pascua. Nadie, ningún niño ni ninguna niña, pasó por la calle de la fábrica ni por la esquina de la casa gris oscura.

Otra vez comenzaron las clases. Aquella mañana, de lejos, se veía a alguien en la puerta de la casa gris. Pero era sólo la señora de pelo blanco. Bartolomé se acercó, y yo con él. Iba de negro la señora.

—¿No está el señor...?

—Y miró sonriente a Bartolomé y brilló con el sol algo tibio en sus ojos, y dijo:

—No. El señor Butifarrón se ha ido y no volverá. Bartolomé comprendió, y todos los niños y niñas que escuchaban allí, parados.

Más de las doce ya y vuelven los niños y niñas de la escuela; pasan junto a la ventana de la casa gris, pero ya no se acercan ni dan un saltito para ver mejor. Ya, ni siquiera se acuerdan.

Bartolomé sí; me acerqué con él y, sin que nadie nos viera, dejamos en la ventana un manojo de flores amarillas que traíamos apretadas en el bolsillo.

Me olía la mano a hierba, manchada de verde, y me fui despacio a mi casa, solo, y no dije a nadie que había muerto el señor Butifarrón...

EL PAYASO

Aquella enorme tienda. Y había colores y música. La lona tensa. En curva cónica, llena de postes rojos y cuerdas; y en el centro la pista, blanca.

Filas redondas de gente sentada. Sillas azules junto a la pista. Las más altas, de madera desnuda. Todos nerviosos, y los niños con los ojos fijos encantadoramente azules o verdes o negros, y la boca casi abierta o del todo abierta. Los niños.

De todo, entre todas las cosas, lo que más abría los ojos de los niños y abría la boca redonda era el payaso. El payaso de los pies largos y guantes de dedos enormes; el payaso de nariz gorda y roja; el payaso de un tirante y chaqueta con grandes cuadros de colores, larga. De todo, entre todas las cosas: el payaso. Ese amigo de color, esa risa, ese tonto tan tonto, esos golpes que recibía en su cabeza de pelo de maíz: entre todas las cosas, de todo: el payaso.

¡Qué risa! Y los niños no se reían. No se reían de tanta maravilla junta. ¿Cómo se podrían reír? Las luces, la música, los trajes. ¡Tanta maravilla! Los ojos y la boca abierta: no se podían reír. ¡Qué risa, «peró»!

Y pensé —niño en la tercera fila de sillas azules— que el payaso era así, siempre era así. Siempre reía así, y su vida no era más que ésa. ¿Su vida dónde? No importa. El payaso no es más que payaso, ¿verdad? Estar con él, en su casa, llena de música y luces y trajes de colores, junto a las fieras y los otros artistas y los monos y el elefante. ¡Qué fantástico el mundo del payaso, siempre con la nariz roja! Siempre riendo, siempre tonto y feliz. Siempre querido por el payaso listo.

El niño de la tercera fila, que entonces era yo, dejó atrás el circo entre el camino de tickets rojos y azules, rotos, junto a la entrada. En la cabeza, el lejano, inaccesible mundo de la risa y de los trajes largos con grandes cuadros de color. ¿Duerme el payaso? No duerme, siempre ríe. Y juega con regaderas y maletas y pelotas grandes con franjas blancas y amarillas.

Cayó la noche sobre mi cama y las sábanas, y sobre los ojos cerrados y el sueño. Cayó el circo inmenso sobre nubes de estrellas y cuerdas y orquestas de manos y elefantes. Trapecios de papel, y saltos y vueltas y aplausos. Cayó la risa, la eterna risa del payaso de pies largos. El payaso aquí, el payaso allí, y la nariz y su maleta y un guante de dedos largos, y risa y risa.

¡Cuánta nube, cuánto sueño de maravilla! La boca abierta entre las sábanas y la noche de silencio y estrellas.

—¿Otra vez a clase? Siempre hay que ir a clase. Siempre estoy yendo a clase.

El otro mundo: como una manzana de piel dura. Siempre manzana de piel dura. Cada día clase, siempre voy a clase. Manzana.

Y el puente de baldosas grandes sobre el río. Y la mano retenida golpeando el pretil, el pretil, la mano golpe-an-do. Y dejé el puente, y, al dejar el puente:

—¿No es éste? ¿No le he visto? Sí, lo era. Sí, lo es. ¡Este es el payaso! Pero no es el payaso: lleva un traje gris. Lleva un sombrero negro, y se parece a todos los hombres. Es éste... ¿No es éste?

Era, sí, el payaso. Pero vestido de gris y con sombrero negro; sin nariz roja. Junto a otro hombre, el payaso discutía enfadado, serio.

Les seguí. Sí, era él mismo, que gritaba y estaba serio ahora como los demás hombres de la calle. Como todos.

Sí, había sido el payaso. Ya no lo era; nunca más...

Y el niño que estuvo en el circo, en la tercera fila de sillas azules, aquél que fui yo, mordió, mordí..., mi manzana de piel dura.

PEDRO ANTONIO URBINA